

que las expediciones de Díaz y de Gama son indudablemente diez y siete y veintisiete años posteriores á la ejecución del mapa que nos presenta el *Capo di Diab*. El conocimiento de la existencia de este promontorio es más notable, porque su nombre mismo parece indicar qué pueblo lo descubrió y qué en general las corrientes

siglo III de nuestra era, la aguja imantada lleva el nombre de *aguja que muestra el Sur*, Tchinantchin.

La dirección del comercio del Norte al Sur y al Suroeste daba especial importancia á la región meridional; pero las orientaciones de los mapas fueron, al parecer, por largo tiempo bastante arbitrarias. En el mapamundi circular de Andrés Bianco, mucho más antiguo que su Portulán de 1436, y hasta quizá copiado de un mapa del siglo XIII, el Sud está á la derecha, como también en el mapamundi de la Biblioteca de Turín, anejo á un comentario del Apocalipsis compuesto en el año 787 y transcrito en el siglo XII (*Cod. manuscripti. Bibl. Taurin.*, 1749, t. II, página 29, Col. XCIII). El mapa fragmentario del monje Cosmas Indicopleustes, lo mismo que el mapa general de Edrisi, de la Biblioteca Boldeyana, que con frecuencia he citado, están orientados como acostumbramos á orientar nuestros mapas, el Oriente á la derecha. La antigüedad siguió generalmente el ejemplo de Homero (*Iliada*, XII, 239; STRABÓN, lib. I, página 34 Cas.), que hace volar el águila á la derecha hacia la aurora y á la izquierda hacia la estancia de la noche (el Poniente). Sólo Empedocles trastorna, por decirlo así, los puntos cardinales en sentido diametralmente opuesto al método de Bianco, nombrando «la derecha del mundo el Norte y la izquierda el Sur (PLUTARCO, *Plac. phil.*, II, 10; STOB., *Ecl. phys.*, XVI, pág. 358). Esto es, como observa M. Lommatzsch, un reflejo de la doctrina egipcia (PLUTARCO, de *Isid.*, c. 32), que considera el Oriente como «la cara del mundo»; lo cual, no para quien mira al Oriente, sino para quien vuelve el rostro al Occidente, sitúa (como dice Empedocles) el trópico del invierno, ó sea el Sur, á la izquierda. (LOMM., *Weisch. des Emp.*, 1830, página 200.)

pelágicas que, según nociones exactísimas adquiridas desde el siglo XIII por Marco Polo en las Indias, impulsan con extrema violencia hacia el SO. y el SSO., impedian á los árabes estacionados en las factorías desde el siglo XII en toda la costa oriental de Africa, desde el cabo Guardafui hasta Quilloa y Sofala, llevar su navegación más allá del promontorio que los portugueses llamaron después *Cabo de las Corrientes* (latitud austral 23° 58').

Temíase pasar la desembocadura meridional del canal de Mozambique, porque se sabía que no era posible volver navegando contra la corriente. «Il mare corre si forte à mezzodi, que à pena se potrebbe tornare» (Marco Polo, lib. III, cap. 35). Resulta, pues, que sólo por noticias de los indígenas y por alguna atrevida expedición, semejante á la que Fra Mauro supone hecha en 1420, pudo conocerse la configuración de la extremidad de Africa. Acaso el barco indio que dobló el cabo Diab á favor de la corriente del Banco de las Agujas (el *great Lagullas stream* de Rennell) volvió (1), después de estar, como dice Fra Mauro, cuarenta días en el Océano Atlántico, á favor de la contracorriente (*southern connecting current*), que, reforzada por los vientos del Oeste en latitudes más meridionales, entre los paralelos 37° y 40°, arrastra una parte de las aguas del Atlántico hacia el Este en el Océano de la India, y constituye uno de los rasgos más notables del gran cuadro de los rios pelágicos.

El nombre que dió Mauro al promontorio austral de Africa exige algunas explicaciones basadas en conoci-

(1) RENNEL, *Inv. on Current.*, páginas 98, 133.



mientos lingüísticos más exactos. El Cardenal Zurla ve en el cabo Diab el cabo de los Lobos. En árabe, *dsiáb* (el colectivo ó *pluralis fractus* de *dsib*) significa indudablemente lobos; pero M. Walckenaer (1) en un interesante artículo sobre el mapamundi de Fra Mauro, ha demostrado que esta etimología es menos probable que la de una derivación de la palabra malaya *dib* ó *div*, isla.

Las comarcas de Zanguébar y de Mozambique las frecuentaron, antes que los portugueses, los barcos árabes, persas é indios. El nombre dado al cabo puede, por tanto, corresponder á dos familias de lenguas originalmente distintas, á las lenguas semíticas (armenias) ó á las lenguas indo-germánicas. La palabra que comunemente se usa en persa para decir isla, es *bendáb* (unión de agua, en alemán *das Wasserband*); pero *duab* (dos aguas en persa, comarca entre el Jumna y el Ganges), palabra formada regularmente por analogía con la *pendjab* (la Pentapotamida), confúndese remontando al sanscrito con *dvípa* (*dvi*, dos, y *ápa*, agua), que significa á la vez isla y península (2).

(1) *Vies de personnages celebres*, t. I, pág. 336. Recordaré, que en la punta austral de África abunda una especie particular de lobo, el *chacal mesomelas*; pero no es probable que el *Junco de la India* tocara en el cabo Diab.

(2) *Dvipa* (contraído en *dip* y *div*) es en sanscrito, según M. Bopp, hablando con propiedad, un compuesto posesivo, *teniendo dos aguas*, rodeado de agua por dos lados. *Dvis* pierde fácilmente la *v*, como lo prueba el adverbio numeral griego *di*, en el cual el epiceno *vau* queda suprimido. En la explicación del nombre griego de Socotora (Dioscoridis Insula) fué donde Bochart procuró por primera vez, hace doscientos años, encontrar las palabras sanscritas Diu Socotra, impulsado quizá á ello por la palabra *Iabadiu* (isla de la Cebada) de Ptolomeo

Fernando Colón, aficionado á los rasgos de erudición, dice que el nombre de cabo de Buena Esperanza «ha sido sustituido al de *Agesingua*», indudablemente corrupción de *Agisymba*. Este nombre recuerda la pro-

(VII, 2). No insistiré en la transformación de Diu Socotra en Dioscoridis Insula, conforme en rigor á la tendencia de los Helenos de formar mitos históricos por la alteración de nombres geográficos; pero cuéstate trabajo participar de la opinión de un sabio ilustre, cuyas opiniones causan generalmente profunda convicción en el ánimo del lector, de que Socotra sea una corrupción del apócope de Dioscórides. (LETRONNE, *Materiaux pour l'histoire du Christianisme en Abyssinie*, 1832, pág. 138.)

La isla de Socotora, habitada desde antiguos tiempos por colonos árabes é indios, era, no sólo por su posición á la entrada del mar Erythreo, importante para el comercio, sino también porque se la creía fértil en aloes, cuya especie, muy buscada en la antigüedad, se la llama aún en las farmacias Socotrina, adjetivo de Socotra, como se ve claramente en GARCÍA, *ab Horto Aromata*, t. 1, 2, pág. 14, ed. de 1567. «Insula Socotra (dice el geógrafo de la Nubia, pág. 23) nitida tellure, ferax arborum et pleraque ipsius germina sunt arbores aloës. Atque hæc aloë superat bonitate reliquas omnes, ut illam quæ colligitur in Hadhramut terræ Yemen.» Esta descripción recuerda la fábula árabe de que Aristóteles indujo á Alejandro á descubrir la isla de los Aloes, y el consejo de que, cuando el rey macedonio fuera personalmente á Socotora «telluris præstantia et æris temperiem approbans», expulsara á los antiguos colonos y les reemplazara con griegos que cuidarían las plantaciones de aloes.

Creo que una isla que tanta celebridad gozó durante largo tiempo, muy bien podía merecer el nombre (sanscrito) de *Sukhadhara*, sitio de la felicidad ó isla felicísima, *dvípa Sukhatara*, que los Sres. Bopp y Bohlden reconocen casi sin ninguna alteración en Socotora. (*Das alte Indien*, t. II, pág. 139; PATT., *Etym. Forsch. aus dem Gebiete der Indo German. Sprachen*, 1833, pág. 80.) Al aloes, al jugo purgante, llámasele en sanscrito *tarani*. (WILSON, *Lex.*, y AINSLIE, *Mat. med. In-*



blemática expedición de Julio Materno hacia el límite extremo de la Etiopía, que Marino de Tyro (Ptolomeo, lib. I, capítulos 7 y 9) quería situar más allá del trópico de invierno, y que dió ocasión á Ptolomeo para entrar en curiosas discusiones de Geografía zoológica.

En el gran siglo de los descubrimientos marítimos, los portugueses recordaron con frecuencia el nombre de Agisymba, y Barros (déc I, lib. X, cap. 1) indica, al parecer, que el nombre de Symbaoé (*corte*), que los indígenas dan á las antiguas fortificaciones al Oeste de Sofala (lat. austral 20° ó 21°) podría ser muy bien un reflexo de *Agisymba* de Marino de Tyro, denominación etiópica que Julio Materno y Septimio Flaco dieron á conocer á los romanos.

Acabamos de ver que la circunnavegación del África austral fué impulsada por el conocimiento de la forma triangular de este continente; por las tradiciones, verdaderas ó falsas, pero religiosamente conservadas de antiguos viajes; por las nociones que los árabes de España, de la Mauritania y de Egipto extendieron desde los

*dica*, t. I, pág. 10.) Creo encontrar esta palabra en el *tarum* de Plinio (XII, 20), sustancia aromática que se recibía por medio del comercio con los Nabatheos (GARCÍA, *ab Horto*, lib. I, capítulo 16), sin haber conocido esta analogía con un nombre sanscrito, conjetura ya que el *tarum* de Plinio es la madera odorífica del aloe, el *agallochon* de Dioscórides, que el botánico de Anazarbe no confunde con *άλόν*. Mi sabio amigo M. Letronne recuerda que cerca de Suaken, en Abisinia, hay una montaña, *Dyab*, y ha hecho derivar este nombre como el de la isla *Diabus* y el de *Dibus* (probablemente la isla Dahlak), patria de Teófilo el Ariano, según Philostorgos, de una raíz árabe que significa *oro* (*Christ. d' Abyssinie*, pág. 139). Esta raíz es *dseheb*.

siglos XII y XIII en el comercio árabe, persa é indio con la costa oriental de Africa; finalmente, por los mapamundis que, fundados en las mismas nociones, presentaban, medio siglo antes de Vasco de Gama, la configuración de este cabo, hacia el cual se dirigía la corriente de Mozambique y que bañaban á la vez el Océano Indio y el Océano Atlántico.

La analogía de forma entre Africa y la América del Sur pudo engendrar la misma esperanza de circunnavegación, cuando en 1508 Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís llegaron al grado 40 de latitud austral y vieron la inclinación de las costas de América hacia el Suroeste, desde el cabo de San Agustín, en una extensión de más de 900 leguas marinas. Balboa no había descubierto aún el Océano Pacífico; sin embargo, Colón sabía, poco antes de morir (1506), que este Océano existía y que estaba próximo á las costas orientales de Veragua: sabía lo, no por combinaciones hipotéticas sobre la configuración del Asia oriental, sino por testimonio de los indígenas, quienes, en el cuarto viaje del Almirante, le dijeron que cerca del río de Belén el otro mar vuelve (*boxa*) hacia Ciguara y las bocas del Ganges, y que estas tierras occidentales (del *Aurea*, es decir, del Quersoneso de Oro, de Ptolomeo) están relativamente en la misma posición (1) con las costas (orientales)

(1) «Parece que estas tierras de Ciguare, que son á diez jornadas de Río Ganges, están con Veragua como Tortosa con Fuenterrabía.» Estas palabras, bien expresivas para pintar dos mares opuestos uno á otro, sólo se encuentran en la *carta rarissima* de 7 de Julio de 1503 (Morelli, páginas 11 y 30; NAVARRETE, t. I, páginas 299 y 309), y no en la biografía escrita por el hijo de Colón.



de Veragua que está Tortosa (en la desembocadura del Ebro) con Fuenterrabía (en las Vascongadas) ó Venecia con Pisa.

Colón buscaba, como dice su hijo (*Vida del Almirante*, cap. 90), el *estrecho de Tierra Firme*; pero la palabra *estrecho* ocasiona en todas las lenguas equivocaciones, «pudiendo ser de agua ó de tierra»; por tanto, un *paso* ó un *istmo*. El Almirante fué con frecuencia engañado por los intérpretes que, en su nombre, se informaban de la forma de las tierras.

Sorprende ver que la analogía con Africa no infundiera la esperanza de una circunnavegación (el proyecto de dar la vuelta á la parte austral del Nuevo Continente) antes que la convicción de la existencia de un estrecho. En los documentos oficiales, sobre todo en los que datan de los años de 1505 á 1507, la vía por la cual se llegaba á las *especias* no está verdaderamente indicada con claridad, y, sin embargo, con frecuencia se habla del *estrecho* «por el cual los mismos portugueses deseaban buscar un camino más corto para llegar á las islas de las especias».

Cuando posteriormente (dos años después de la expedición de Balboa y del descubrimiento del mar del Sur) recibió Solís el encargo de navegar «á espaldas de Castilla del Oro», es decir, de visitar las costas occidentales de esta provincia, se le prescribió ir primero al Sur, sin especificar si doblaría el cabo que debía formar la extremidad austral del continente. La palabra *abertura* del continente no consta en la instrucción de 24 de Noviembre de 1514 (según lo expresé antes al enumerar las expediciones hechas desde 1498 á 1517), sino como medio de comunicar con la isla de Cuba

«luego que llegaredes á las espaldas de donde estuviere Pedrarias enviarleéis un mensajero, con cartas vuestras para mí, con la figura de la costa, é continuareis vuestro camino; é si la dicha Castilla del Oro quedare isla é obiere abertura por donde podáis enviar otras cartas vuestras á la isla de Cuba, enviadme otro hombre por allí, haciendome saber lo que hobieredes hallado, despues que me hobieredes escrito por via de Pedrarias, é la figura de lo que hobieredes descubierto.»

He aquí cómo concibo el sentido de esta notable instrucción. Cuando hayáis llegado á la espalda (á la costa occidental) del gobierno de Pedrarias, comunicaréis con él (por tierra) y continuaréis vuestro camino (hacia el Norte, para llegar al paralelo de Cuba). Si entonces descubris que este gobierno de Pedrarias (Pedro Arias de Avila) ó la Castilla del Oro es una isla y que existe alguna abertura (de la costa) por donde podáis enviar otros despachos á la isla de Cuba, haréis pasar un mensajero por este estrecho, para que yo sepa lo que habéis hecho desde la primera carta entregada á Pedrarias. Supónese el estrecho hacia el Norte del Darien «despues de haber comunicado con Pedrarias». Toda esta expedición se llama un viaje á la parte del Sur. (Real nombramiento de contador de la armada de Solís del 22 de Julio de 1515), y como por el Sur debe llegar la expedición á espaldas de Castilla del Oro y la instrucción de 1514 sólo dice, si encontráis otro estrecho (otra abertura) para enviar un despacho á Cuba, podría creerse que Solís esperaba rodear la extremidad austral de América para entrar en el mar descubierto por Balboa. Esta inducción me parece natural; pero



Herrera (1), que muy bien pudiera no haber visto los mismos documentos, es de opinión contraria, pues dice pura y simplemente que Solís debía ser enviado (en 1515) hacia el Sur, porque, según las opiniones de los cosmógrafos, «podría haber por allí un paso para llegar á las islas de las especias».

Iguales dudas existen respecto á las instrucciones y esperanzas de Magallanes. Este marino portugués no habla de circunnavegación, de un cabo semejante al que doblaron Díaz y Gama, y sólo indica un medio de conseguir buen éxito, el de seguir la costa más allá del cabo de Santa María á la desembocadura del río de Solís (río de la Plata) hasta encontrar el estrecho que había visto señalado en el mapa de Behaim.

Hemos expuesto antes los testimonios de este hecho, tomados de los documentos coetáneos del Diario de Pigafetta y de los Diarios de los pilotos que Herrera tuvo á su disposición. Magallanes pudo atribuir equivocadamente al cosmógrafo de Nuremberg, cuyo nombre gozaba gran celebridad, lo que no era obra suya (errores de esta clase hasta hoy mismo son frecuentes); pero no se trata aquí tanto del autor de un mapamundi, como de la influencia que éste ejerció en la previsión de un descubrimiento real.

(1) Déc. II, lib. I, cap. 7. En los despachos diplomáticos del embajador de Portugal Juan Méndez de Vasconcelos, correspondientes á los meses de Agosto y Septiembre de 1512, encontrados en los archivos de Lisboa (en la Torre do Tombo), las islas de las especias (*Meluco*s) reconocidas desde 1511 por Antonio de Abreu, se confunden siempre con la península de *Malaca*. Háblase en ellos de la herejía de Solís, «que mostrara que Malaca está no demarcação de Castela».

---



---

X.

Las expediciones clandestinas.

He manifestado anteriormente cómo pudo ser figurado al cabo austral de Africa en un mapa de Fra Mauro, treinta años antes de que Díaz lo doblase; pero ¿cómo explicar la indicación de un estrecho americano en un mapa portugués antes del viaje de Magallanes?

Recordaré las circunstancias que pueden haber hecho conjeturar la existencia de un paso, y debe advertirse que en la Edad Media las conjeturas se dibujaban religiosamente en los mapas, como lo prueba la Antilia, San Brandón ó Borondón, la Mano de Satán, la isla Verde, la isla Maida y la configuración de las vastas tierras australes.

Al lado de las expediciones autorizadas por el Gobierno español, y cuya lista completa hemos dado anteriormente, hubo viajes clandestinos, emprendidos por cuenta de otras naciones ó por súbditos españoles que querían engañar al fisco. Cuando Alonso de Ojeda en 1501 partió por segunda vez para reconocer la costa de Venezuela, después de haber sido nombrado gobernador de Coquivacoa, se sabía que los ingleses habían